

Cuba, el rostro del poder

Armando Añel
Escritor y Periodista

A fines de abril pasado era destituido de su cargo el miembro del Buró Político del Partido Comunista de Cuba (PCC) Juan Carlos Robinson Agramonte, acusado por las autoridades cubanas de “arrogancia, deshonestidad y abuso de poder”. Robinson, hombre de raza negra, habría sido destituido en el marco de una reorganización estructural del PCC, “que incluye el restablecimiento de un órgano de la época soviética, el Secretariado, disuelto en 1991, y que ahora se encargará de velar por el cumplimiento de la política partidista en todo el país y la erradicación de la indisciplina”, según informara el corresponsal de la *BBC* en La Habana, Stephen Gibbs.

Poco después, en junio de 2006, el ex dirigente negro era condenado a 12 años de prisión por “tráfico de influencias de carácter continuado”¹. Como en su momento publicara el diario español *El Mundo*, “por primera vez desde su fundación, en 1965, el Partido Comunista Cubano ha condenado a 12 años de prisión a un miembro de su politburó”.

Entre otras cuestiones, la defenestración y posterior encarcelamiento de Robinson Agramonte trae a colación, por elemental asociación de ideas, el tema de la presencia (o de la ausencia) negra en las altas esferas gubernamentales. Mientras la población

negra y mestiza en la Isla seguramente ronda, o supera ya, el 50% del total, en los círculos de poder su representatividad es escasa, apenas visible si se parte de dicho por ciento.

Las cifras hablan por sí mismas. Enfocados en las más altas instancias del gobierno cubano (Buró Político del PCC, Consejo de Ministros, gobiernos provinciales), los cálculos revelan una muy tímida participación de la población negra y mestiza.

Actualmente, el Buró Político del Partido Comunista de Cuba está conformado por 21 miembros, de los cuales sólo 4 son negros o mestizos, para cerca de un 20% de representatividad. Situación que se torna francamente escandalosa en el Consejo de Ministros, en el que de un total de 39 integrantes únicamente 3 no son blancos, para menos de un 8% de presencia negra o mestiza.

Entretanto, las capitales de provincias también están mayoritariamente en manos de dirigentes de raza blanca. Los Órganos de Gobierno Provinciales presentan un balance de 15 presidentes de las llamadas “Asambleas Provinciales del Poder Popular”, de los cuales sólo 2 son negros (13% del total). Cabe mencionar aquí la nula presencia femenina, porque entre los 15 presidentes provinciales no figura una sola mujer.

Todo ello en un país donde la población negra y mestiza dejó hace bastante tiempo de



Miembros del Consejo de Ministros



Presidentes de los gobiernos provinciales

constituir una minoría, y donde durante medio siglo el gobierno se ha vanagloriado de desempeñar un papel directivo, y conclu-

yente, en la erradicación de la discriminación racial y de género.

El lector debe tener en cuenta que los fenotipos raciales aceptados en Cuba difieren significativamente de los manejados en países como Estados Unidos. A diferencia del blanco americano, anglo o caucásico, el “blanco cubano” brota de un tronco racial más heterogéneo —el hispano o español—, alimentado, en no poca medida, por raíces mediterráneas, árabes e incluso gitanas. Un blanco cubano, por añadidura, puede ser un descendiente de inmigrantes sirios o libaneses afincados en la Isla en el siglo pasado. Un fenómeno al que hay que añadir la mezcla entre blancos de origen europeo y negros africanos y sus descendientes —en ocasiones demasiado intrincada para resultar suficientemente nítida al cabo de varias generaciones—, vigente ya desde la época colonial.

NOTA

1- En el contexto del “neo-lenguaje revolucionario” oficialmente utilizado en Cuba, “tráfico de influencias” podría significar corrupción, abuso de poder, nepotismo, etcétera.